Globethics Repository



La sociología en Brasil y Argentina en perspectiva comparada [Sociology in Brazil and Argentina in a Comparative Perspective]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Blois, Juan Pedro
Publisher	CLACSO
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-11-13 08:47:30
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/154788

La sociología en Brasil y Argentina en perspectiva comparada

Juan Pedro Blois

i+c
Año II
Nº 2
Enero
Junio
2015

Resumen

Cuando se consideran en clave comparada las trayectorias de la sociología en Brasil y Argentina a lo largo del siglo XX saltan a la vista fuertes diferencias. Mientras en Argentina, en consonancia con la historia nacional más general, su desarrollo aparece signado por una sucesión accidentada de etapas muy divergentes entre sí, en Brasil su devenir está marcado por una relativa estabilidad y un recorrido en el que, si no faltan las profundas inflexiones y proyectos fallidos, existe una cierta continuidad y progresiva institucionalización. Este trabajo se propone analizar el proceso de institucionalización de la sociología como disciplina académica y como discurso público en Brasil y Argentina desde

Abstract

When comparing the histories of sociology in Brazil and Argentina during the Twentieth Century, strong diferences can be perceived. While in Argentina, coinciding with the more general national history, its development took the shape of a conflicted succession of very divergent periods, in Brazil, in contrast, its trayectory is characterized by a relative estability and, even though there were profound inflexions and failed projects, there is a certain continuity and progressive institutionalization. This articule seeks to analise the process of institutionalization of sociology as an academic discipline and as a public discourse in Brazil and Argentina from a compara-

una perspectiva comparada. La comparación se orienta por tres dimensiones analíticas: 1) las disputas por la definición legítima de la sociología y el grado de consenso entre los sociólogos (de diferentes orientaciones) sobre el papel de su disciplina; 2) la relación de la sociología con el Estado (y las élites políticas y sociales que lo controlaron); y 3) la inserción, participación y reconocimiento de los sociólogos en el campo intelectual y el espacio público.

tive perspective. The comparison is structured by three analytical dimensions: 1) the disputes around the legitimate definitiuon of sociology and the grade of consensus amongst sociologists with diferent orientations about the rol of the discipline; 2) the relationship between sociology and the State (and the political and social elites who controlled it); 3) the insertion, participation and recognition of sociologists in the intellectual field and the public sphere.

i+c
Año II
Nº 2
Enero
Junio
2015

Sociology in Brazil and Argentina in a Comparative Perspective

Juan Pedro Blois

Doctor en Ciencias Sociales y Licenciado en Sociología por la Universidad de Buenos Aires, profesor del Instituto de Ciencias de la Universidad Nacional de General Sarmiento y becario del CONICET (Argentina). Actualmente se desempeña como investigador visitante del Instituto de Estudos Sociais e Políticos (IESP-UERJ) (ex IUPERJ) y como becario del CNPq (Brasil).

PhD in Social Science at the Universidad de Buenos Aires. He is a sociology professor at the Instituto de Ciencias of Universidad Nacional de General Sarmiento and a research scholarship of the CONICET (Argentina). At the moment he is a visiting researcher at the Instituto de Estudos Sociais e Políticos (IESP-UERJ) (ex IUPERJ) with the support of the CNPq (Brazil).

Palabras clave

1| Sociología **2|** Campo Intelectual **3|** Estado **4|** Brasil **5|** Argentina

Keywords

1| *Sociology* **2|** *Intelectual Field* **3|** *State* **4|** *Brazil* **5|** *Argentina*

Cómo citar este artículo [Norma ISO 690]

BLOIS, Juan Pedro. La sociología en Brasil y Argentina en perspectiva comparada. *Revista latinoamericana de investigación crítica*, (2): 65-88, primer semestre de 2015.

i+c
Año II
Nº 2
Enero
Junio
2015

La sociología en Brasil y Argentina en perspectiva comparada

Introducción

Cuando se consideran en clave comparada las trayectorias de la sociología en Brasil y Argentina a lo largo del siglo XX saltan a la vista fuertes diferencias. En Brasil, la sociología tendió a consolidar y expandir su presencia en las instituciones de educación superior y en las agencias de fomento científico, alcanzando un desarrollo que algunos comparan con aquel propio de los países centrales (Miceli, 1995; Trindade, 2007). La disciplina supo también conquistar un lugar de marcada relevancia en la esfera pública, conectando con diversas y variadas audiencias a lo largo del tiempo —dependencias estatales, diarios y medios de comunicación, partidos políticos, sindicatos, movimientos sociales, ONGs— (Almeyda, 1992; Lahuerta, 2001; Perlatto, 2013). En contraste, en Argentina, si bien en los últimos años ha habido una serie de avances en materia de institucionalización —con la creación de nuevas carreras, el aumento de los grupos de investigación o la expansión del sistema de posgrados—, los esfuerzos por institucionalizar y legitimar la disciplina tuvieron un resultado distinto. En este caso, la insatisfacción frente al carácter "fragil" de ese proceso (Pereyra, 2009), la calidad de las investigaciones realizadas (Murmis, 2007) o el lugar relativamente marginal que la sociología ocupa en el espacio o discusiones públicas (Svampa, 2008; Sidicaro, *mimeo*) son moneda corriente.

Sin dudas, lo anterior llama la atención si se recuerdan las marcadas afinidades que el desarrollo de la disciplina tuvo en cada país en algunos momentos de su trayectoria previa. Si se piensa en las temáticas privilegiadas, en las influencias externas o en el rol de ciertas instituciones regionales e internacionales, las convergencias fueron, en efecto, notables. Tal es así que hubo momentos en que el desarrollo de la sociología en Brasil y Argentina no parecía comprensible si no era en el contexto más general de una "sociología latinoamericana" (Brasil, Jr., 2013). Pues bien, ¿qué factores incidieron en la diversa

suerte que la disciplina tuvo en cada sociedad? ¿Por qué la sociología pudo echar raíces más sólidas y profundas en un campo académico y en un ámbito intelectual que en el otro? ¿Qué había en la sociedad brasileña que la volvía más receptiva a la sociología cuando se la compara con la argentina?

A la hora de reflexionar sobre los distintos derroteros de la disciplina en Brasil y Argentina, los analistas suelen destacar el período dictatorial como una divisoria de aguas, momento en que la sociología en Brasil —de modo ciertamente paradójico— comienza una etapa de fuerte expansión mientras que la sociología en Argentina atraviesa, en marcado contraste, un proceso de retraimiento y "desinstitucionalización". Y, en efecto, la política científica de los regímenes militares es de decidida ampliación en el caso brasileño y restrictiva en el argentino (Beckerman, 2009; Blundi, 1997), tanto como su política represiva (violenta en los dos países pero mucho más extendida en el país del sur) configuraron escenarios muy contrastantes (Brunner y Barrios, 1987; Liedke Filho, 1991; Trindade, 2007). Sin desconocer la gravitación de este período, en este trabajo nos proponemos indagar la influencia de un conjunto de factores de más largo plazo que condicionaron —antes y después de aquella particular coyuntura— la institucionalización de la sociología en Brasil y Argentina. Para ello, antes que la elaboración de un relato cronológico exhaustivo de cada historia, buscamos reconstruir de modo comparado una serie de coyunturas y episodios clave a la hora de dar cuenta de las diferencias. La comparación está orientada por tres dimensiones o ejes analíticos: 1) las disputas por la definición legítima de la sociología y el grado de consenso entre los sociólogos sobre el papel de su disciplina; 2) la relación de la sociología con el Estado (y las élites políticas y sociales que lo controlaron); 3) la inserción, participación y reconocimiento de los sociólogos en el campo intelectual y en el espacio público. Mientras la primera dimensión remite a las relaciones que los sociólogos —de diversas orientaciones— mantuvieron entre sí, las otras dos se refieren a las relaciones que construyeron con públicos o audiencias más amplios. En este trabajo nos interesa analizar el proceso de institucionalización de la sociología como disciplina académica y como discurso público. Es decir, nos interesan los sociólogos como investigadores y profesores pero también como intelectuales o agentes de producción y circulación de ideas sobre el mundo social (Shils, 1970).

Según entendemos, la historia de una disciplina no es un pasado muerto, algo que simplemente pasó y que ya no tiene incidencia alguna. Por el contrario, las diversas tradiciones y modos de pensar la sociología configurados a lo largo del tiempo —en procesos históricos

abiertos y no lineales—, son fundamentales para entender el presente. En ese sentido, se podría decir que cuando un sociólogo sale a buscar trabajo (sea en la academia o más allá de sus fronteras), se propone participar en una controversia pública, o negocia el financiamiento de una investigación, buena parte de la historia de la disciplina, con sus tensiones y carácter conflictivo, se reactualiza y pone en juego. Los esquemas de percepción que orientan su accionar, tanto como la receptividad de los escenarios donde busca actuar, son en buena medida el producto de las relaciones que su disciplina pudo construir a lo largo del tiempo con las instituciones académicas, el campo intelectual, el Estado y, en términos más generales, con la sociedad[1].

Algunas aclaraciones

La comparación que aquí se presenta, orientada a dar cuenta de las diferencias entre dos casos, demanda realizar algunas aclaraciones. En primer lugar, cabe resaltar que las dimensiones analíticas escogidas sólo resultan relevantes en el contexto de una comparación entre Brasil y Argentina en la medida en que identifican una serie de contrastes bien marcados. Si la comparación fuese con otro país, las dimensiones, por supuesto, podrían ser otras. En segundo lugar, es necesario recordar, como hacía Pousadela (2007) en un estudio comparado, que muchas de las caracterizaciones que el lector podrá encontrar a lo largo de este trabajo no tendrían sentido por fuera de la comparación aquí propuesta. Decir que la trayectoria de la sociología en Brasil fue "estable" o "acumulativa" sólo tiene sentido en el contexto de un ejercicio comparativo con un caso como el argentino, donde las rupturas abruptas fueron muy frecuentes. En este sentido, sería ciertamente más difícil hablar de la "estabilidad" o "acumulacíon" del caso brasileño si el contraste fuese realizado con un país donde, por ejemplo, los golpes de Estado fueran desconocidos.

En tercer lugar, cabe apuntar que aquello que se considera "sociología" en este trabajo son las actividades y práticas de aquellos que se reconocían —y eran reconocidos— como "sociólogos" a lo largo del período estudiado. Eso, por supuesto, varió con el tiempo y sus límites fueron siempre objeto de disputas entre diversas visiones, posiciones e

1 Este trabajo presenta algunos de los hallazgos de una investigación más amplia realizada en el marco de la convocatoria "El estado de la ciencias sociales en América Latina y el Caribe en el mundo contemporáneo" del Programa CLACSO-Asdi (Blois, 2013). Por cuestiones de espacio, parte de las referencias empíricas, de la fundamentación metodológica así como de la bibliografía consultada debieron ser dejadas de lado.

intereses (Rubinich, 1994). De otro modo, se corre el riesgo de reificar nuestro objeto —la sociología— como si fuese una esencia transhistórica, y no un conjunto de prácticas, saberes y valores que se van definiendo y redefiniendo a lo largo del tiempo. En estas redefiniciones son determinantes las relaciones —de colaboración o conflicto— que los sociólogos establecen entre sí, y aquellas que tejen con públicos o clientelas más amplios, ellas mismas variando con el tiempo. Finalmente, es preciso aclarar que la asunción de una perspectiva de largo plazo, como la que aquí adoptamos, tanto como el espacio disponible, imponen de modo necesario la selección y tratamiento de sólo algunos episodios e instituciones, ellos mismos tratados de modo sumario.

La sociología en Argentina

Desde la fundación de la primera carrera a mediados del siglo pasado, la sociología en Argentina ha tenido una trayectoria accidentada. Las cambiantes coyunturas políticas nacionales sumadas a la aparición de profundas controversias entre los sociólogos, delinearon una historia en la que resaltan las rupturas sobre las continuidades. Lejos de un progresivo proceso de institucionalización, se produjo una sucesión conflictiva de etapas, donde las referencias intelectuales, las formas de trabajo e incluso el propio sentido de la sociología variaban sustancialmente. Cada etapa, que no duraba más de cinco o seis años, se presentaba como refundacional e impugnaba lo hecho hasta entonces. Sólo a mediados de los años ochenta comienza un período de relativa estabilidad que, en buena medida, se extiende hasta nuestros días.

El derrotero accidentado de la sociología en Argentina estuvo condicionado por el escaso grado de consenso sobre la naturaleza de la disciplina que había entre quienes se reconocían y pretendían ser reconocidos como sociólogos. En efecto, desde sus orígenes la sociología argentina se caracterizó por una pluralidad conflictiva de sectores o grupos heterogéneos que se impugnaban y excluían unos a otros. Sin reconocerse como interlocutores válidos, esos sectores no se veían como miembros de una misma comunidad disciplinaria. Antes bien, promovieron sus propias publicaciones, asociaciones o espacios de intercambio, contribuyendo a la formación de "sociologías" paralelas, donde los cruces eran escasos (Delich, 1977).

Sin dudas, aquellas diferencias eran reforzadas por las diversas posiciones políticas con las que, más o menos explícitamente, esos sectores se identificaron o fueron identificados. En el contexto de un escenario intelectual atravesado por marcadas divisiones ideológicas (Sarlo, 2001; Terán, 1991), las diferentes formas de entender y practicar la disciplina expresaban clivajes que iban más allá de consi-

deraciones estrictamente disciplinarias. La opción por una determinada metodología, enfoque o referencia teórica podía ser leída o interpretada por los propios actores como una definición directamente política. En un "campo" sociológico poco estructurado y de reciente formación, los factores "internos" y los "externos" resultaban indisociables (Rubinich, 1994).

La imbricación de las diferencias disciplinarias y políticas resulta particularmente visible cuando se considera el derrotero de la Carrera de la Universidad de Buenos Aires. Allí, durante buena parte de su historia, el predominio o avance de una "sociología" —y el concomitante retraimiento de las otras— fue indisociable del clima político y social más general, coincidiendo los recambios en las autoridades gubernamentales con renovaciones profundas de su plantel docente y el contenido de las materias.

Ya la propia fundación de la carrera se dio en el marco creado por el derrocamiento del peronismo (Buchbinder, 2005). En esa coyuntura, Gino Germani, que había participado activamente en los espacios intelectuales de oposición, pudo liderar un proyecto de creación institucional que excluyó a quienes hasta ese momento habían tenido a su cargo la enseñanza de la sociología en la UBA y en otras universidades del país (Neiburg, 1998). Si Germani creía que esos docentes no eran más que un conjunto de aficionados —o "sociólogos de cátedra", como despectivamente los llamaba—, incapaces de practicar y enseñar la sociología de acuerdo a los estándares mundiales, la valoración política —y el clivaje peronismo/antiperonismo— fue decisiva, facilitando y legitimando la exclusión de esos profesores y la puesta en marcha de una empresa que quería comenzar "desde cero" (Blanco, 2006). Se planteaba, de ese modo, una fuerte división entre aquellos que se reivindicaban como "sociólogos", al tiempo que se desconocían los esfuerzos por institucionalizar la disciplina realizados en el período anterior (Pereyra, 2007). En este sentido, es interesante recordar la creación de la Asociación Sociológica Argentina, institución liderada por Germani que buscó competir con la Sociedad Argentina de Sociología, institución dominada por los "sociólogos de cátedra". En sus estatutos, contra aquellos que mantenían una actividad profesional desvinculada de la "profesión sociológica", algo común entre los "sociólogos de cátedra", la ASA imponía como requisito tener una dedicación "exclusiva" a la disciplina (ASA, 1961; Blanco, 2004).

Ahora bien, ¿cuál era la idea de sociología que Germani buscaba promover? ¿Cuál era, según su visión, la función o papel de la "nueva" disciplina? ¿De acuerdo a qué orientaciones debían formarse los futuros profesionales? Según su visión, la sociología constituía un

discurso capaz de proveer una orientación racional a la acción social de diversos actores e instituciones sociales. En un escenario signado por la crisis de las tradiciones, la sociología debía ofrecer los marcos de inteligibilidad, el flujo de informaciones y los diagnósticos necesarios para asegurar una acción "inteligente" y "planificada" de la sociedad sobre sí misma. En ese sentido, la disciplina —lejos de ser una empresa intelectual sin otros destinatarios que los propios sociólogos— era una herramienta indispensable a la hora de lidiar con los conflictos que se producían en las sociedades contemporáneas, debiendo constituirse como una referencia central en el medio académico pero también en el sistema de las profesiones, el campo intelectual y el espacio público.

Era preciso pues romper con una sociología que, como la "sociología de cátedra", había permanecido "encapsulada" en discusiones entre pares, sin conexión con los problemas y urgencias de su sociedad (Germani, 1968). La sociología debía ser una disciplina académica, con docentes-investigadores dedicados de manera profesional a la producción de un conocimiento riguroso e informado empíricamente —de allí el énfasis de Germani en la promoción de las dedicaciones exclusivas— pero también, y de manera no menos central, debía constituirse como un saber capaz de participar en diversas instituciones colaborando en la resolución de los "problemas sociales concretos" (Germani, 1956). La sociología "aplicada", entendida por Germani como la inserción o participación de los sociólogos en algún espacio no académico, tenía un rol central: además de poner a prueba los conocimientos producidos en el medio académico, constituía una forma de asegurar la participación del conocimiento sociológico en el proceso de producción cotidiana de la sociedad, evitando una excesiva y "esterilizante" autonomización de la disciplina (Blois, 2012).

Si la sociología debía orientar al conjunto de actores o instituciones que integran una sociedad, para el sociólogo italiano había, no obstante, un interlocutor privilegiado: el Estado. Sea a través de la consultoría realizada desde las instancias académicas, o directamente a través de la incorporación de los sociólogos a la planta estatal en tanto "profesionales expertos", la disciplina tenía que orientarse, de modo decidido, a satisfacer las demandas de una institución que, según un extendido consenso, debía intervenir fuertemente en la sociedad. Así, lejos de mantener distancias o construirse contra el Estado, la sociología debía alimentarse de las preocupaciones estatales y ofrecerle sus herramientas y conocimientos, indispensables para cualquier acción planificada (Germani, 1956).

Ahora bien, entre esa expectativa y la efectiva vinculación que la sociología promovida por Germani y el Estado tejieron hubo

una marcada distancia. A diferencia de lo ocurrido en Brasil, la creación de la Carrera de la UBA no fue un proyecto propiciado por las élites sociales y políticas. Lejos de ello, constituía una iniciativa liderada por un intelectual con vocación por la creación de instituciones que, sin demasiadas vinculaciones con los sectores que controlaban el poder estatal supo, por un lado, lograr la adhesión de un grupo activo de estudiantes y jóvenes graduados, que se convirtieron en sus seguidores, y por el otro, consolidar una alianza con los sectores modernizantes que asumieron el control de la UBA a partir de 1955 (Germani, 2004; Noé, 2005).

Muestra del escaso interés estatal por la nueva disciplina, cabe recordar que parte esencial del financiamiento de la empresa liderada por Germani provino de organismos extranjeros. Ese financiamiento permitió contratar profesores extranjeros, organizar una biblioteca de ciencias sociales, enviar a jóvenes sociólogos a formarse en el exterior, sostener el trabajo de campo y diversos proyectos de investigación. Aún más, buena parte de los recursos ofrecidos por el CONICET no provenían tampoco del erario público sino de un subsidio de la fundación Ford (Diez, 2008).

La problemática relación con el Estado no sería la única dificultad. A poco de fundada la carrera, el veloz aumento de la matrícula impuso una fuerte reorientación (Noé, 2005). Tal masificación, sin dudas, fue un obstáculo difícil de superar para una carrera que pretendía asegurar la transmisión del oficio de investigación a partir de una estrecha relación entre alumnos y docentes de tiempo completo. El aumento del número de estudiantes obligó, desde temprano, a incorporar un amplio cuerpo de ayudantes docentes con una dedicación parcial —a veces *ad honorem*— (Murmis, 2007). El proyecto inicial de Germani se desdibujaba.

Más problemáticas, sin embargo, fueron las orientaciones y expectativas de los estudiantes sobre lo que la sociología debía ser. En un contexto de politización creciente, la sociología fue entendida como una forma de militancia que debía vincularse de modo directo con el proceso de cambios de tipo revolucionario que parecían avecinarse en la sociedad argentina[2]. En ese contexto, como era esperable, lo que Ger-

2 Para tener una idea de las expectativas que se iban configurando, cabe destacar el estudio que en 1971 una revista de interés general organizó sobre las expectativas de los estudiantes de sociología en torno a la cuestión laboral: la mayoría de los entrevistados afirmó desconocer las posibilidades profesionales y procurar en la disciplina elementos para realizar algún tipo de política revolucionaria (Rubinich, 1999).

mani tenía para ofrecer resultaba poco atractivo, suscitando fuertes resistencias. Las orientaciones del estudiantado confluyeron con aquellas propias de un grupo de profesores que, con un mejor ajuste al nuevo clima de época, no dudaron en denunciar a la sociología promovida a partir de 1955 como parte de una "penetración imperialista" (Noé, 2005; Verón, 1974).

En un marco crecientemente hostil, que recortaba sus márgenes de iniciativa, Germani decidió fundar un centro de investigaciones privado donde refugiar sus actividades de investigación (el CSC en el ITDT) y, sobre todo, dirigir los fondos provenientes del exterior, cuyos donantes no veían con buenos ojos el "desorden" que agitaba las universidades públicas. Si allí pudo ser iniciada una activa agenda de investigaciones (y algunos alumnos y docentes de la UBA pudieron incorporarse), una de las apuestas que habían orientado la fundación de la carrera —la estrecha vinculación entre docencia e investigación—, se malograba quedando de un lado la docencia, ejercida en la universidad, y del otro la investigación, ejercida en instituciones privadas (Suárez, 1970).

El divorcio entre docencia e investigación sólo se consumaría, sin embargo, a partir del golpe militar de 1966 que, en su búsqueda por disciplinar la sociedad y sus sectores más contestatarios, promovió una violenta intervención en la UBA que terminó con la hegemonía de los sectores modernizadores inaugurada en 1955 (Buchbinder, 2005). Mientras Germani decidía dejar el país, la nueva intervención produjo el alejamiento de buena parte de los profesores que había reclutado —aquellos que justamente contaban con dedicación exclusiva— (Diez, 2008).

Las autoridades interventoras buscaron docentes vinculados al catolicismo, afines al régimen militar. Sin embargo, en el contexto de fuerte politización, algunos de los nuevos profesores no tardaron en asumir una orientación crítica, "antiimperialista" y "popular" (Fernández, 2010) que, a tono con las expectativas de los estudiantes, procuraba vincular de modo más estrecho la sociología con la práctica política y el debate ideológico. Comienza, de ese modo, contra las expectativas de los interventores —que si no tenían un proyecto claro para Sociología, tenían al menos la declarada intención de limitar el carácter contestatario de este espacio—, una etapa signada por la radicalización política y la "peronización" de buena parte de los estudiantes y profesores.

Pues bien, ¿cuáles eran las ideas que ganaban presencia en este contexto? ¿Cuál era o debía ser el papel del sociólogo para estos sectores? Si bien podía haber diferencias sobre las visiones políticas —

algunas más "marxistas", otras más "nacionalistas"— todos coincidían en que era imperioso abandonar cualquier pretesión de neutralidad valorativa y comprometer a la disciplina de manera decidida con el movimiento de "liberación social y nacional" que parecía en marcha. A veces, ese discurso, negando cualquier especificidad al conocimiento disciplinario, hacía del sociólogo un militante político y social sin más (Blois, 2012). Circunscribir la práctica de la disciplina a un ejercicio académico constituía, según estas visiones, una injustificable evasión de la realidad. Promover una "sociología aplicada", como había querido Germani y sostenían algunos de sus discípulos y colegas —como Di Tella (1967) y Mora y Araujo (1971)— aparecía como la asunción sin atenuantes de la perspectiva y los intereses de las clientelas. En ese marco, la única audiencia legítima de la sociología eran aquellos grupos comprometidos con una transformación radical de la sociedad. En la medida en que el Estado, las empresas privadas y las fundaciones internacionales no estaban consustanciadas con tal meta, la sociología debía construirse contra ellos. La ruptura con las orientaciones de Germani —o con el "cientificismo", como ahora despectivamente se lo llamaba— no podía ser mayor.

Se comprende entonces la configuración, en ese contexto, de circuitos alternativos con escasos cruces o intercambios. De un lado, la carrera inmersa en un proceso de radicalización política e impugnación de la sociología como "profesión", dominada por las dedicaciones simples y la carencia de recursos para la investigación. Aun cuando no faltaron los pedidos de financiamiento a organismos nacionales e internacionales, rara vez eran concedidos en vistas de la precariedad e inestabilidad institucional (Suárez, 1970). Del otro lado, los centros de investigación privados dedicados a la investigación empírica, sostenida por recursos extranjeros. En ningún caso encontramos al Estado apoyando y estimulando de modo decidido el desarrollo de la sociología.

La relación conflictiva de la sociología con el Estado alcanzó, no obstante, su punto más alto hacia mediados de los años setenta. En 1975, aún antes del golpe de Estado, se produjo una nueva intervención en la UBA que buscó reprimir, esta vez de manera decisiva, el activismo contestatario. Si varios sociólogos debieron exiliarse, buena parte de las carreras fueron cerradas (de las diez que había en 1970, para 1983 sólo funcionaba la mitad). En ese marco, la carrera de la UBA fue inicialmente cerrada y poco después reabierta en condiciones irreconocibles. Emplazada en la Facultad de Derecho, en un conjunto de aulas de su sótano, su ubicación expresaba la valoración que tenían las autoridades universitarias y políticas de una carrera que, dada la incertidumbre sobre qué destino darle, pudo haber sido cerrada (Blois,

2009). Salvando alguna excepción, los nuevos profesores, algunos de ellos viejos "sociólogos de cátedra", tenían una formación poco especializada. Si no faltaron los intentos de aproximar la carrera a las autoridades militares, sus esfuerzos no encontraron oídos receptivos. La sociología no concitaba interés en quienes detentaban el control del Estado, aún ahora cuando había sido desprovista de sus vertientes más críticas. Con un nímero de estudiantes muy reducido, la carrera funcionó en el marco de una fuerte marginalidad (Raus, 2007).

En contrapartida, la labor de los centros académicos independientes, aparecidos en el período previo, se consolidó y amplió. Claro, para ello debió reforzar su bajo perfil y escasa proyección social o política. Sin conexiones con actores o públicos más amplios, su labor fue realizada en el marco de lo que Klimovsky llamó la "universidad en las catacumbas" (Sábato, 1996).

El retorno de la democracia abrió una nueva etapa en el desarrollo de la sociología en Argentina. Una vez más, un cambio en el escenario político nacional coincidía con el inicio de una profunda reorientación de la disciplina. En un clima de fuertes restricciones económicas, comienza un período de reconstitución y desarrollo de las instituciones de enseñanza e investigación. Por un lado, la Carrera de Sociología de la UBA inició una fase de reorganización signada por la conformación de un nuevo cuerpo de profesores, varios volviendo del exilio (Blois, 2009). A ello se sumó la política científica de las universidades que retomó la inversión en investigación, y la recuperación del CONICET que abandonó los mecanismos de "discriminación ideológica" (Bekerman, 2009). Lo anterior hizo que, con la multiplicación de becas, de grupos de investigación y de espacios donde ejercer la docencia, la inserción académica deviniera una opción posible para un creciente número de sociólogos. Según Unzué, estos procesos, y otros más recientes, suscitaron una cierta convergencia en el desarrollo de la vida académica en Brasil y Argentina, si bien desde puntos de partida muy alejados (Unzué, 2013).

La sociología en Brasil

A la luz del caso argentino, la trayectoria de la sociología y las ciencias sociales en Brasil aparece signada por una relativa estabilidad y un desarrollo en el que, aun cuando sea posible reconocer momentos de crisis y reorientación profundos, existen elementos de continuidad en el marco de una creciente institucionalización como práctica académica y discurso intelectual.

Semejante derrotero no puede ser desvinculado de la particular relación que la sociología pudo constituir a lo largo del tiempo

con el Estado y otros grupos sociales, en particular con las élites que controlaron esa institución. Los sociólogos, en momentos y coyunturas ciertamente diferentes, pudieron aprovechar la receptividad que, bajo diversas modalidades, esos actores tuvieron hacia la disciplina y legitimar de ese modo —también bajo modalidades diferentes— la pertinencia de sus labores. Si ello pudo asegurar un significativo apoyo material para la disciplina produjo también una amplia expectativa sobre su papel en la resolución de los problemas sociales.

La vinculación de la sociología con el Estado se inscribe en la relación más amplia entre intelectuales y élites que, desde la propia constitución del Estado brasileño dio un marcado protagonismo a la ciencia y al saber especializado —sea como sea que se lo definiera— a la hora de orientar las iniciativas políticas y los horizontes de acción, produciéndose una dinámica de mutuo reforzamiento: mientras las élites buscaban en el discurso, invenciones y hallazgos de los intelectuales un recurso capaz de fundamentar y legitimar sus iniciativas —para lo cual emprendían activas políticas culturales—, los intelectuales en sus más diversas orientaciones procuraron constituirse como un grupo con fuerte presencia en la esfera pública (Pécaut, 1990; Carvalho, 2007). Para la asunción de esa labor, la sociología apareció desde temprano como una disciplina o "punto de vista" valioso. "A sociologia é a arte de salvar rápidamente o Brasil", afirmaba Mario de Andrade en una frase que, si bien de modo sarcástico, expresaba contundentemente las expectativas que la disciplina generaba en el escenario intelectual y político brasileño a fines de los años treinta.

Así, cuando se produce la incorporación de la sociología al medio universitario con la fundación de las primeras carreras en San Pablo y Río de Janeiro, la disciplina contaba ya con una imagen pública reconocida entre las élites y los intelectuales. No se trataba, como ocurriría en el vecino país, de una empresa cuyos públicos o audiencias tenían que ser aún construidos. Por el contrario, la fundación de esas carreras fue una iniciativa de las propias élites paulistas y cariocas que luchaban por el liderazgo cultural y político del país (Cardoso, 1982). Fueron ellas quienes convocaron un conjunto de profesores extranjeros como estrategia de importación de la nueva disciplina (Massi, 1989).

Ahora bien, ¿cuáles eran las expectativas de quienes desde la cumbre de la sociedad contribuyeron a la instalación de la sociología y las ciencias sociales como práctica académica? ¿Cuál debería ser, de acuerdo a su mirada, su rol o papel en la sociedad? ¿Qué servicios podrían prestar en esa época de profundas transformaciones? Ante todo, de acuerdo a su visión, la sociología y las ciencias sociales debían constituirse como instrumentos o dispositivos capaces de contribuir a

la formación y educación de las nuevas generaciones. En primer lugar, de la propia élite, ampliando sus horizontes culturales pero también proveyéndole herramientas técnicas o prácticas para el manejo de las instituciones que tendrían a su cargo. En segundo lugar, de aquellos sectores medios susceptibles de incorporarse a una ciudadanía activa (Limongi, 1989a). Si lo primero —la formación de "los que mandan"— implicaba su constitución como carrera universitaria, lo segundo —la formación de los ciudadanos— conllevaba su incorporación como disciplina obligatoria en la escuela secundaria (Almeida, 1989).

En ese marco, según sus principales mentores y promotores, las dos carreras fundadas en San Pablo —en la ELSP y en la USP— podrían adoptar un perfil diferenciado. Por un lado, la carrera de la ELSP podría constituirse como una institución dedicada a la formación de funcionarios para la administración, sea en el ámbito público o privado. Por el otro, la carrera de la USP podría dedicarse, libre de cualquier preocupación utilitaria, a elevar el nivel de cultura general de sus estudiantes y contribuir a la formación de profesores habilitados para enseñar en el nivel medio. Se perfilaban, de ese modo, dos "culturas sociológicas": mientras una institución se orientaba a la resolución de problemas prácticos, poniendo el eje en el ejercicio aplicado de la disciplina, su par presentaba una orientación más teórica y especulativa.

En un contexto signado por la crisis del capitalismo y el aumento de las funciones estatales, la ELSP podría promover la formación de sociólogos capaces de aumentar la competencia y eficiencia de las administraciones. Para ello, deberían aprender las técnicas más novedosas de la administración —importadas por lo general de los Estados Unidos— junto con la metodología científica necesaria para producir información empírica sistemática, elemento indispensable a la hora de producir una intervención que, a diferencia de lo ocurrido hasta entonces según los propios promotores de la Escuela, no operase a partir del "tanteo" o las conjeturas (Limongi, 1989b).

Frente a ello, la carrera de la USP podría presentar un perfil "humanista": el conocimiento, procurado como un fin en sí mismo, sólo debía estar al servicio de la ilustración y autorreforma de las élites y la ciudadanía en formación. El conocimiento, en ese contexto, sería transmitido por intermedio de la cátedra y de un amplio y ecléctico abanico de lecturas, para lo cual el modelo universitario francés, menos volcado a la investigación que el norteamericano, resultaba más congruente (Vianna, 2004).

Ahora bien, el perfil que al poco tiempo se fue configurando en ambas instituciones fue tomando distancia de las expectativas

originarias. Tanto la carrera de la ELSP como la de la USP, diluyendo en buena medida sus diferencias de origen, confluyeron en la formación y estímulo de la sociología, ya no como un elemento necesario de la formación técnica de las élites, o de su cultura general, sino como una práctica profesional a ser desarrollada en la propia academia, con base en la investigación empírica, y volcada en buena medida a la reproducción de sus propios cuadros. La disciplina se institucionalizaba pero de una forma que se apartaba de los intereses y orientaciones de sus promotores (Miceli, 1995).

El perfil de sociólogo que se configuraba en San Pablo —sociólogo académico, docente e investigador de tiempo completo— contrastaba fuertemente con aquel que paralelamente emergía en Río de Janeiro, ciudad tan próxima y distante a la vez. Allí también la sociología y las ciencias sociales, por iniciativa de las élites, conocieron un decidido impulso, siendo creado el primer curso en la UDF (luego reemplazada por la FNFi).

Ahora bien, a diferencia de lo ocurrido en San Pablo y de modo más cercano al caso argentino, las instituciones académicas tuvieron en este caso marcadas dificultades para asegurarse ciertos márgenes de autonomía frente a unas autoridades gubernamentales que procuraron mantener un control más firme de la universidad. La elección del cuerpo docente, por ejemplo, estuvo sujeta a la autorización presidencial (Oliveira, 1995).

Mientras en San Pablo los sociólogos incorporados en la ELSP y la USP encontraron un empleo de tiempo completo, para sus contemporáneos cariocas su inserción universitaria, por lo general parcial, no era más que una de sus actividades, ciertamente prestigiosa, pero a la cual no le dedicaban lo esencial de su tiempo y energía (Miceli, 1989). Estos contextos no podían dejar de condicionar visiones o concepciones divergentes sobre el rol de la sociología y de los sociólogos en su sociedad. Frente al sociólogo como académico y "científico" de San Pablo, los cariocas preferían afirmar, en una sintonía más ajustada con el proyecto original promovido por las élites, al sociólogo como ideólogo, como técnico o incluso como administrador de las instituciones encargadas de la modernización de la sociedad. Como afirma Almeida, la producción de la sociología en Río de Janeiro "não se dirigia à comunidade académica, nem tampouco aos cultores do conhecimento diletante e desinteressado. Ao revés, os destinatários das Ciências Sociais eram a cidadania esclarecida e, antes dela, as elites políticas do país" (Almeida, 1989: 216).

Ahora bien, al contrario del caso argentino, las diferencias en las formas de entender la sociología no impidieron los diálogos e

intercambios entre los diversos sectores. A las reiteradas polémicas —entre las que cabe recordar la que mantuvieron Florestan Fernandes y Guerreiro Ramos— que asumían, pese a las divergencias, al otro como un interlocutor válido, es preciso sumar la participación de los sociólogos paulistas y cariocas en empresas conjuntas, como el proyecto financiado por la UNESCO sobre relaciones raciales (Maio *et al.*, 2012), o su convivencia en una misma asociación profesional como la SBS surgida por aquellos años (Guedes, 2007).

Cabe señalar, de todos modos, que el énfasis en la autonomía y en los principios científicos no hacían de la sociología paulista una empresa sin otra finalidad que la búsqueda del conocimiento como un fin en sí mismo, indiferente al destino de la sociedad donde se desarrollaba. Por el contrario, según su visión, la sociología debía constituirse como un saber capaz de participar de modo protagónico en los procesos de reforma social pero esa participación, a diferencia de lo que creían sus pares cariocas, debía asumirse desde una posición enraizada en la academia, y no a través del Estado o las agrupaciones políticas. Los servicios que la sociología podría ofrecer, su aporte en la resolución de los problemas sociales, sólo podrían concretarse luego de que sus hallazgos —surgidos de investigaciones empíricas, delimitadas y "rigurosas"— fuesen sometidos al escrutinio de la comunidad de pares. Cabe recordar aquí los esfuerzos conceptuales de Fernandes para fundamentar la posibilidad de una "sociología aplicada", iniciativa tan objetiva y "científica" como cualquier otra rama de la sociología (Fernandes, 1976 [1959]).

En rigor, más que una oposición simple y absoluta entre ciencia y política, con San Pablo en un polo y Río en el otro, lo que había era una visión diferenciada del papel de la sociología en la sociedad, diferencia que en buena medida echaba raíces en una concepción contrapuesta del Estado. Mientras los cariocas veían en esta institución la instancia central a partir de la cual acelerar la transición a la modernidad, los paulistas —debido a su persistente desconfianza en el accionar de las élites que controlaban el Estado— priorizaban la sociedad civil como espacio clave desde el cual propiciar los cambios. Para ellos, la participación directa en el aparato estatal colocaría su labor al servicio de unos grupos dominantes contrarios a las transformaciones democráticas (Vianna, 2004).

Ahora bien, es preciso recordar que, pese a esos reparos, el CESIT —instituto creado por Fernandes para desarrollar una agenda de investigaciones centrada en los problemas del desarrollo y con una fuerte vocación pública— tuvo un importante apoyo del Estado en una coyuntura en la que la política desarrollista buscaba hacer de la ciencia

y la técnica el fundamento de su accionar (Romão, 2006). El apoyo estatal, cabe recordar también, fue fundamental en la creación del ISEB y otras instituciones en Río de Janeiro. Estos apoyos serían severamente afectados, sin embargo, a partir del golpe de 1964.

La instauración de la dictadura militar produjo una fuerte inflexión en la trayectoria de la sociología y las ciencias sociales en Brasil. El accionar de las autoridades, que buscaba cortar los lazos de la intelectualidad progresista con los públicos más amplios, conllevó la destitución de varios sociólogos y la persecución del movimiento estudiantil, afectando severamente las instituciones universitarias.

Como respuesta, florecieron los centros privados de investigación que, relativamente preservados del control político y financiados generosamente por algunas agencias internacionales (Miceli, 1990), pudieron operar como refugio de los profesores expulsados y desarrollar, en contraposición con lo ocurrido en Argentina, una agenda de investigación fuertemente conectada con los temas más candentes de la coyuntura social y política (Sorj, 2001). Tales centros tuvieron un rol central en la oposición al régimen militar y en los debates y polémicas en torno al retorno a la democracia (Lahuerta, 2001; Pécaut, 1990). Caben recordar, en este sentido, las relaciones que algunas figuras del CEBRAP mantuvieron con el Movimento Democrático Brasileiro y aquellas que algunos miembros del CEDEC establecieron con el movimiento sindical y el naciente PT (Perlatto, 2013; Santana y Braga, 2009).

Ahora bien, ese no sería el único contraste con lo ocurrido en Argentina. Como es sabido, la dictadura brasileña se propuso llevar a cabo una política "modernizadora" de la enseñanza superior con el fin de lograr una vinculación más estrecha con las necesidades del sistema productivo. Para ello, buscó estimular la práctica de investigación en las universidades a través de la promoción de los programas de posgrado, de la expansión de los subsidios y de la ampliación de las dedicaciones exclusivas. Si bien esa política no tenía a la sociología y las ciencias sociales como principales destinatarias, terminó favoreciéndolas con un volumen de recursos que estimuló un desarrollo institucional sin precedentes. En esa coyuntura fue clave la capacidad de negociación o presión que ciertos sectores de la comunidad sociológica pusieron en juego, así como el reconocimiento por parte de las burocracias estatales de las asociaciones profesionales que nucleaban a los sociólogos y cientistas sociales —como la recientemente creada ANPOCS— (Blundi, 1997; Miceli, 1995).

Así, aun en el marco de un régimen que, a diferencia de lo ocurrido con otros gobiernos, mantenía una profunda indiferencia por la sociología, la relación con el Estado mantuvo una fortaleza que

permitió su desarrollo, aun cuando en el medio universitario tuviera que apelar a un perfil más bajo. En ese marco, y en dirección contraria a los procesos de "desinstitucionalización" ocurridos en Argentina, la sociología se expandió y consolidó como profesión académica en todo el país (Trindade, 2007).

El período que se abre con la vuelta de la democracia a mediados de los años ochenta continuó el proceso de expansión y desarrollo de la sociología y las ciencias sociales en el medio académico. A la recuperación de una mayor autonomía de las universidades, que se libraron del control ideológico impuesto por los militares, se sumó la fortaleza de la comunidad sociológica, organizada en la ANPOCS y la SBS, que retomaba sus actividades luego del período militar (Marinho, 1987). Cabe señalar, finalmente, que hace unos años se ha producido la reincorporación de la enseñanza de la sociología como materia obligatoria en el nivel de enseñanza medio en todas las escuelas del país. Si esta iniciativa amplía el mercado de trabajo para los sociólogos, da cuenta también de la legitimidad y receptividad que la disciplina ha podido construir a lo largo de su trayectoria en Brasil. Sean cuales fueren las posiciones de la propia comunidad sociológica al respecto, es claro que la incorporación de la disciplina al currículo secundario le acuerda una mayor visibilidad y una audiencia o público ciertamente más amplio.

Consideraciones finales

Los derroteros de la sociología en Brasil y Argentina en el siglo XX presentan profundas diferencias. Mientras en Argentina, en consonancia con la historia nacional más general, su desarrollo aparece signado por una sucesión accidentada de etapas "refundacionales", muy divergentes entre sí; en Brasil, en contraste, su devenir está marcado por una relativa estabilidad y un recorrido en el que, si no faltan las marcadas inflexiones y proyectos fallidos, existe una cierta continuidad y progresiva institucionalización.

Como vimos, la inestabilidad argentina estuvo asociada a la inexistencia de un acuerdo mínimo entre los sociólogos sobre lo que la disciplina era y debía ser. Si para algunos, como Germani, la sociología era una profesión científica que — aun cuando buscara dar respuestas a las necesidades más urgentes de su sociedad— debía distinguirse del discurso ideológico y político, para otros la idea misma de "profesión" o "ciencia" no concitaba ningún interés. La imbricación de los criterios intelectuales —que definen quién pertenece a un campo y quién no— y las valoraciones ideológicas o políticas hicieron que las diferencias excluyeran cualquier situación de convivencia o cruce. En

Brasil, como vimos, no faltaron las controversias y disputas a la hora de definir el papel de la sociología y el rol de los sociólogos en la sociedad. Ahora bien, esas diferencias, que no necesariamente coicidían con clivajes de tipo político, no impidieron el diálogo o intercambio, así como el sentimiento de pertenencia a una misma comunidad disciplinaria.

Los derroteros de la sociología en Brasil y Argentina no pueden ser disociados de las particulares relaciones que la disciplina tejió en cada caso con el Estado. En Brasil los sociólogos encontraron en términos relativos una mayor receptividad e interés. Esa vinculación, como vimos, se apoyaba en la tradicional concepción que hacía de la ciencia y el saber especializado un insumo indispensable para el progreso y desarrollo social, sea como sea que se lo entendiera (Carvalho, 2007). Esto contrasta de manera marcada con la situación argentina donde la vinculación de los intelectuales con las élites y el Estado fue mucho más problemática, como queda claro si se recuerdan las reiteradas intervenciones a las universidades públicas y el frecuente florecimiento de circuitos intelectuales paralelos —y alternativos— a los oficiales. Esta relación, cabe destacar, no fue distinta con las instituciones de la sociedad civil —sindicatos, organizaciones empresariales, partidos políticos mayoritarios, etc.— donde raramente los intelectuales pudieron incorporarse y ser reconocidos como voces de peso. Entre esas instituciones y los intelectuales tendió a predominar una persistente desconfianza (Sigal, 1991). En ese marco, los sociólogos oscilaron entre la búsqueda de una aproximación fallida con el Estado, como ocurrió con Germani, y la definición de una intervención e identidad en "contra" de esa institución (para lo cual el reiterado impacto de las dictaduras militares fue central) como ocurrió con los sociólogos más politizados de los años sesenta.

En un artículo aparecido en 1970, el director de una de las flamantes carreras de sociología, al trazar un balance de la situación crítica que atravesaba la disciplina en Argentina, distinguía dos modelos de implantación de la sociología en una sociedad. Por un lado, el "modelo espontaneista", propio de los países avanzados, donde los cambios sociales —fruto de la transición a la sociedad moderna— generaban la necesidad de una nueva "estructura profesional" —la sociología— destinada a su estudio; y, por otro lado, el "modelo difusionista dependiente", propio de los países periféricos, con escaso grado de industrialización, donde el desarrollo de la sociología era previo a los cambios sociales, siendo el producto de una "importación". En ese modelo, a diferencia del primero, la "demanda social" por conocimientos sociológicos debía ser construida posteriormente, no siempre de manera exitosa (Suárez, 1970).

Más allá de lo esquemático que este análisis pueda parecer actualmente, no parece errado pensar que el caso de la sociologia en la Argentina, como el mismo autor afirmaba, se aproxima al menos durante el período aquí analizado al segundo modelo. En el caso de la sociología en Brasil, aun cuando encontramos una misma operación "importadora", la llegada de la disciplina y su posterior "aclimatación" y desarrollo estuvieron sustentados de modo más claro por una demanda local más ostensible, que asumió claro está diversas formas a lo largo del tiempo. Si, como enfatiza Vianna (2004), es cierto que la sociologia surgió *desde arriba* —fruto de la iniciativa de las élites sociales y políticas—, también es verdad que esta disciplina y sus practicantes pudieron valerse de una mayor receptividad ligada a la tradición brasileña que reconocía en los intelectuales actores centrales en la orientación y producción de la sociedad. Esa receptividad, al tiempo que le daba un lugar destacado en la esfera pública y el campo político, contribuyó sin duda para su implantación en los medios académicos.

Bibliografía

Almeida, Maria 1989 "Dilemas da institucionalização das ciências sociais no Rio de Janeiro" en Miceli, Sérgio (org.) *História das ciências sociais no Brasil, Vol. 1* (San Pablo: IDESP).

Almeida, Maria 1992 *Tomando partido, formando opinião* (São Paulo: Sumaré).

Blanco, Alejandro 2006 *Razón y modernidad. Gino Germani y la sociología em Argentina* (Buenos Aires: SigloXXI).

Blois, Juan Pedro 2009 "Sociología y democracia. La reorganización de la carrera de sociología en la Universidad de Buenos Aires (1984-1990)" en *Sociohistórica. Cuadernos del CISH* (La Plata) N° 26.

Blois, Juan Pedro 2012 "Obligados a elegir entre el sacerdocio y la prostitución. Socialización universitaria y prácticas profesionales de los sociólogos de la UBA" (Tesis de Doctorado, UBA).

Blois, Juan Pedro 2014 "La trayectoria de la sociología en Brasil y Argentina y las prácticas profesionales de los sociólogos" (informe CLACSO).

Blundi, Maria 1997 O financiamento das Ciências Sociais no Rio de Janeiro: O caso da FINEP" Tesis de maestría, UFRJ.

Buchbinder, Pablo 2005 *Historia de las universidades argentinas* (Buenos Aires: Sudamericana).

Carvalho, Maria Alice 2007 "Temas sobre a organização dos intelectuais no Brasil", en *RBCS* (Viçosa) Vol. 22, Nº 65.

Delich, Francisco 1977 *Crítica y autocrítica da razón extraviada* (Buenos Aires: El Cid Editor).

Diez, María 2008 "Dos caras frente al espejo: una comparación das sociologías argentina y chilena entre 1966 y 1976" en *Sociohistórica. Cuadernos del CISH* (La Plata) Nº 23/24.

Germani, Gino 1956 *La sociología científica. Apuntes para sua fundamentación* (México: UNAM).

Germani, Gino 1968 "La sociología en Argentina" en *Revista Latinoamericana de Sociología* (Buenos Aires) Vol. 4, Nº 3.

Guedes, André 2007 "Notícias sobre a sociologia acadêmica no 1º Congresso da SBS" en *Plural* (São Paulo), Nº 14.

Lahuerta, Milton 2001 "Intelectuais e resistência democrática: vida académica, marxismo e política no Brasil" en *Cad. AEL.* (Campinas), Vol. 8, Nº 14/15.

Liedke Filho, Enno 1991 "Sociology and Society in Brasil and Argentina 1954-1985", tesis de doctorado, Brown University.

Limongi, Fernando 1989a "Mentores e clientelas da Universidade de São Paulo" em Miceli, Sérgio (org.) *História das ciências sociais no Brasil, Vol. 1* (São Paulo: IDESP).

Limongi, Fernando 1989b "A Escola Livre de Sociología e Política" en Miceli, Sérgio (org.) *História das ciências sociais no Brasil, Vol. 1* (São Paulo: IDESP).

Marinho, Marcelo 1987 "A profissionalização da sociologia no Brasil" en Dados (Río de Janeiro) N° 30.

Miceli, Sérgio 1989 "Condicionantes do desenvolvimento das Ciências Sociais" em Miceli, Sérgio (org.) *História das ciências sociais no Brasil, Vol. 1* (São Paulo: IDESP).

Miceli, Sérgio 1995 "O cenário institucional das Ciências Sociasi no Brasil" em Miceli, Sérgio (org.) *História das ciências sociais no Brasil, Vol. 2* (São Paulo: Sumaré).

Neiburg, Federico 1998 *Los intelectuales y la invención del masnismo* (Buenos Aires: Alianza).

Noé, Alberto 2005 *Utopía y desencanto. Creación e institucionalización da Carrera de Sociología da Universidad de Buenos Aires: 1955-1966* (Buenos Aires: Miño y Dávila).

Oliveira, Lúcia 1995 "O cenário institucional das Ciências Sociais no Brasil" en Miceli, Sérgio (org.) *História das ciências sociais no Brasil, Vol. 2* (São Paulo: Sumaré).

Pécaut, Daniel 1990 *Os intelectuais e a política no Brasil. Entre o povo e a nação* (São Paulo: Editora Ática).

Pereyra, Diego 2007 "Cincuenta Años da Carrera de Sociología da UBA. Algunas notas contracelebratorias para repensar la historia de la Sociología en Argentina" en *Revista Argentina de Sociología* (Buenos Aires) Vol. 9.

Pereyra, Diego 2010 "Dilemmas, Chalenges and Uncertain Boundaries of Argentinian Sociology", en Patel, Sujata (ed.) The ISA Handbook of Diverse Sociological Traditions (Londres, SAGE).

Perlatto, Fernando 2013 "Sociologia pública: imaginação sociológica brasileira e problemas públicos" Tesis de Doctorado, IESP-UERJ.

Pousadela, Inés (2007) "Las políticas públicas y las matrices nacionales de cultura política", en Alejandro Grimson (comp.): *Pasiones nacionales* (Buenos Aires: Edhasa).

Raus, Diego 2007 "La sociología em el 'Proceso'" em *Sociología em Debate*, Nº 1.

Rubinich, Lucas 1994 "Redefinición das luchas por los limites: um debate posible para las nuevas generaciones" em *Entrepasados* (Buenos Aires), Vol. IV, Nº 6.

Rubinich, Lucas 1999 "Los sociólogos intelectuales: cuatro notas sobre la sociología en los ´60", en *Apuntes de Investigación* (Buenos Aires) N° 4.